

“La Princesse de Clèves”,

un concepto destructivo del amor.

MIGUEL ANGEL GARCIA PEINADO

Hijas de rey o esposas de príncipes, las princesas fueron, junto con las reinas, los personajes femeninos esenciales de la mayor parte de las tragedias antiguas y clásicas. No constituían, pese a todo, un tipo literario bien determinado aunque encarnaban diferentes caracteres y funciones (esposa y madre desesperada, joven dotada del don de profecía, víctima inocente del destino, etc). Mucho más próximas a la realidad, las princesas son también heroínas de novelas habiéndose convertido muchas de ellas en verdaderos arquetipos, entre los cuales el primero a destacar es, sin ningún género de dudas, la princesa de Clèves, personaje que da título a la famosa novela de Madame de Lafayette. (1)

Entre sus muchos méritos, la obra cuenta con el de haber llevado a la perfección en su siglo la novela de análisis o novela psicológica (2), y el de haber inventado la verdadera novela francesa, según la tradición.

- (1) El apellido de Mme de Lafayette lo podemos ver escrito en multitud de ocasiones *La Fayette*, por un error que han seguido innumerables críticos. Las firmas autógrafas demuestran, no obstante, que la escritora escribía *Lafayette*.
- (2) *La Princesse de Montpensier*, publicada en 1662 era la primera obra de este tipo, rompiendo la tradición de las novelas de aventuras o epopeyas en prosa de Gomberville, La Calprenède o Scudéry.

No es casualidad que de las seiscientas cincuenta novelas publicadas entre 1660 y 1700 la posteridad haya retenido sobre todo la obra de Madame de Lafayette y apenas algún que otro título (3). Publicada en 1678, *La princesse de Clèves* sigue siendo hoy día una de las novelas psicológicas mejor construidas de la literatura francesa, y sin duda, la más perfecta del período clásico, ya que, con ella la novela alcanza por primera vez el nivel de otros géneros literarios considerados hasta entonces más nobles, la poesía y el teatro.

Sin embargo, si *La Princesse de Clèves* merece un puesto entre las más grandes obras maestras de la literatura francesa, y no sólo del siglo XVII, quizá sea por la conmovedora descripción que nos ofrece de tres vidas destrozadas por el amor; ésta es la razón de que el amor en *La Princesse de Clèves* sea el tema de nuestro breve trabajo.

Podrá argüírsenos que la obra ha sido ya objeto de numerosos y completos estudios a los que no era necesario añadir uno más, pero, curiosamente, la mayoría de éstos han reparado en otros aspectos (fuentes históricas, psicología de los personajes, el arte del análisis en la obra, las digresiones interiores, el tiempo en la novela, etc.), hablando sólo de pasada del amor entre Mme de Clèves y Nemours; amor que, sin embargo, constituye el verdadero eje central sobre el que giran todos los demás episodios. Este eje llega a convertir la novela en una construcción de casi perfecta simetría al descubrir la protagonista su aparición en ella, al provocar la muerte de su esposo y al exigir el postrer renunciamiento de la princesa, acabando así el ciclo con el que la autora termina su relato, lo que nos demuestra la gran importancia de este sentimiento surgido entre los dos protagonistas, importancia que trataremos de aclarar con un ensayo de síntesis.

La intriga del relato es de una sencillez totalmente clásica: la señorita de Chartres, joven de dieciseis años, se casa con el príncipe de Clèves sin estar enamorada de él aconsejada interesadamente por su madre. Más tarde sufrirá los estragos del amor al conocer en un baile de

(3) Cabría citar las *Nouvelles françaises* de Segrais (1624-1701), publicadas en 1656 y que abrieron nuevas perspectivas a la literatura de imaginación haciendo de puente entre los autores de novelas publicadas desde 1667 por Mme de Villedieu (1638-1683) que empezó a introducir, junto con Segrais, la historia coetánea en la literatura. Finalmente las *Lettres d'une religieuse portugaise*, publicadas en 1669, donde la autora, María Alcoforado, experimenta el mismo tipo de amor por un caballero, Chamilly, que Mme. de Clèves por Nemours. A este respecto las *Lettres d'une religieuse portugaise* nos ayudan más que las *Nouvelles françaises* de Segrais o los *Annales galantes* de Mme de Villedieu a comprender la obra de Mme de Lafayette.

corte al duque de Nemours, que, a su vez, se enamora de ella. La joven pide ayuda a su madre para no ceder ante el duque y Mme de Chartres muere exhortándola que no olvide sus deberes maritales y morales. Para no ceder a la pasión, confiesa a su marido su amor por Nemours, pidiéndole al mismo tiempo ayuda; el príncipe, engañado por falsos indicios, cree que su mujer recibe secretamente a Nemours, lo que le causa tanto dolor que muere de celos y tristeza. La princesa, a causa de esta muerte, se siente cada vez más separada de Nemours, que ha oído la confesión de la dama a su marido, enterándose de los sentimientos de su amada. El relato termina al retirarse la princesa a un convento, donde morirá al poco tiempo, después de rechazar, por escrúpulos de conciencia, a Nemours al que considera, junto con ella misma, culpable de la muerte de su esposo.

Analizada desde una perspectiva exterior, *La Princesse de Clèves* se relaciona obviamente con el género de "nouvelles galantes" que había puesto de moda Madame de Villedieu -obras que, desgraciadamente, no poseían más calor que el de la invención de la autora ya que los personajes estaban adornados de unos sentimientos muy banales-. En ellas, el argumento era imaginado pero los protagonistas del relato eran, en su mayor parte, personajes históricos (4). Así, el duque de Nemours no era una invención, sino que se trataba de Jacques de Savoie (1531-1585), coronel general de la caballería ligera en 1558, gobernador de la región de Lyon, casado en segundas nupcias (1556) con Anne d'Este (que había sido esposa de Francisco de Guisa) con la que sostuvo una larga pasión antes de desposarse con ella. Mme de Lafayette, al mismo tiempo que respeta en el señor de Nemours la reputación de galanteador, hecho capital para el normal desarrollo de la intriga, transforma en perfecto amante, según la tradición libertina y cortesana, a un capitán elegante y disoluto. La reputación de que gozaba el duque como hombre de buena fortuna permite a la novelista justificar la manera de comprometerlo en una aventura con la imaginaria princesa de Clèves. Igualmente aparece en la novela la hermana del señor de Nemours, Madame de Mercoeur (1532-1568) y el confidente del duque, Philibert de Signerolles, que murió asesinado en 1571.

(4) La familia Chartres descendía aparentemente de François de Vendôme (1524-1562), vidamo de Chartres, personaje citado varias veces por el historiador Brantôme (1540-1614) en sus *Mémoires* y *Hommes illustres*, aunque en ningún pasaje de este libro se habla del parentesco que le atribuye Mme de Lafayette en la persona de Mme de Chartres. En consecuencia, la protagonista del relato, Mlle de Chartres es una invención de la autora.

El prestigioso historiador del XVII francés, Antoine Adam, deja entrever que el apasionado y oculto amor de Nemours y Anne d'Este, así como la muerte, liberadora para los amantes, de Francisco de Guisa, fue la idea primitiva de la novela de Mme de Lafayette (5).

El príncipe de Clèves era, en realidad, Jacques de Clèves (1544-1564) segundo hijo de François de Clèves (1539-1562), hijo a su vez de François I^o de Clèves, duque de Nevers (1516-1562) personaje que habría sido uno de los principales jefes militares del ejército francés, casado con Margarita de Borbón. El personaje de la novela, príncipe de Clèves, se casó en la realidad con Diana de la Marck, nieta de Diana de Poitiers. Es, en la historia de Francia, un personaje oscuro que murió muy joven; en el año en que se desarrollan los hechos (1559) sólo contaba con quince años, pero esta figura, apenas nombrada por los historiadores, parece ser que atrajo enormemente a la autora por su salud frágil y su muerte prematura.

Con estos dos personajes y el principal de Mme de Clèves, que, como queda dicho en la nota 4, es totalmente inventado por la escritora, Mme de Lafayette construye una novela siguiendo el mismo esquema que había desarrollado en sus dos obras anteriores (*La Princesse de Montpensier*, 1662, y *Zayde*, 1671): Una joven de la nobleza se casa, por razones de conveniencia, con un hombre al que no ama; otro hombre -tercer personaje de la intriga- le revela el amor; su virtud, deber moral y reputación le impiden ceder. Según este sencillo esquema van a desarrollarse los acontecimientos en los que el lector podrá conocer si la dama va a ceder o no a los impulsos de su corazón.

Vemos, pues, cómo el relato está ocupado, en su mayor parte, por tres personajes: la mujer, el marido y el amante (aunque éste no llegue siempre a convertirse en tal); la mujer, bella y joven, está convencida de la necesidad de no perder su virtud; el marido, generalmente celoso, está ornado de cualidades que se suelen corresponder con las de su mujer:

“Comme Mlle de Chartres avoit le coeur très noble et très bien fait, elle fut véritablement touchée de reconnoissance du procédé du Prince de Clèves (...) Elle rendit compte à sa mère de cette conversation et Mme de Chartres luy dit qu' il y avoit tant de grandeur et de bonnes qualités dans M. de Clèves et qu' il faisoit paroître tant de sagesse pour son âge que, si elle sentoît

(5) *Romanciers du XVII siècle*. Edition établie et annotée par A. Adam. Paris, Gallimard, 1958, Bibliothèque de la Pléiade, p. 54.

son inclination portée à l'épouser, elle y consentiroit avec joye". (6)

El amante, por muchos escrúpulos que tenga y por elevado que sea su sentido del honor, o a pesar del respeto que su amada le inspire, va a poner toda su habilidad al servicio de su pasión, constituyéndose en una tentación constante respecto a la mujer que ama, que sufrirá, consecuentemente, este asedio.

Alrededor de estos tres personajes gravitan comparsas que van a desempeñar, según las circunstancias, papeles más o menos importantes, aunque no por sí mismos, sino por o en relación con los protagonistas.

Sería preciso aclarar al abordar el tema del amor en el siglo XVII, que no todos los matices que conserva hoy esta palabra son los mismos que en el citado siglo y que ciertas palabras de la misma familia como "aimable", "amant" o "amoureux" no contenían las mismas connotaciones que en el siglo XX; a este respecto es curioso observar cómo el adjetivo "amoureux" no se encontraba nunca en femenino para calificar el sentimiento que experimentaba una mujer, en ese caso se decía que la mujer era "sensible", denominando la "sensibilité" como la receptividad, por parte de la mujer, al amor del que era objeto, así, el adjetivo "sensible" era sinónimo del actual "amoureuse".

Todo esto nos confirma que la novela, aunque iba evolucionando, no se había desembarazado aún del concepto cortés que había tenido en sus inicios con Marie de France y Chrétien de Troyes, autor que empleó por primera vez la palabra "roman" para designar un género literario (7); así, en este tipo de novelas la mujer era objeto de adoración por parte del hombre pero a ella no le era permitido expresar sus sentimientos por considerarse de mal gusto. Si en la época clásica el concepto del amor no era el mismo que en el siglo XVII, tampoco lo era el de la época actual, y para comprender en nuestros días las distintas escalas debemos evocar con exactitud el clima moral en el que se desarrolla el relato.

(6) Idem, pág. 1122.

(7) La palabra "roman" después de haber designado en un principio la lengua vulgar por oposición a la lengua erudita o culta, se aplicaba a todo escrito compuesto en esta lengua vulgar pero no especialmente a un relato de aventuras que se llamaba también "histoire" o "conte". Progresivamente el sentido de la palabra se restringió y con Chrétien y su ciclo bretón empezó a tener el sentido que le damos hoy.

En el mundo que nos narra Mme de Lafayette, las tradiciones siguen siendo muy fuertes y las relaciones hombre-mujer están sujetas a un código de galantería que no se puede transgredir impunemente; si no quiere deshonrarse, una mujer nunca confesará que ama; el hombre, por su parte, sólo se lo confesará después de una larga espera, pues tiene la certeza de que su declaración será considerada, en un primer momento, como una injuria (este hecho explica perfectamente que Nemours tarde tanto tiempo en declarar su amor a Mme de Clèves).

Así pues, Mme de Lafayette con su obra intenta, y lo consigue, cambiar el concepto de la palabra "amour"; es innegable que para ello se había encontrado con la ayuda inestimable de la reciente publicación de las *Lettres d'une religieuse portugaise*, obra que había ayudado al público a cambiar su concepción novelesca del amor, y en la que se expresaba la misma pasión que en *La Princesse de Clèves*: ya no era un tipo de "amour de connaissance" sino, todo lo contrario, de "amour d'inclination", conceptos de la máxima importancia y que intentaremos aclarar.

El amor de "connaissance", como se denominaba en la época objeto de nuestro trabajo, era como una especie de movimiento de las esferas superiores del alma que determinaba la vista de perfecciones de un ser; era el amor de los héroes de Honoré d'Urfé, Scudéry, La Calprenède, Gomberville, etc. Por el contrario, el amor "d'inclination" era un sentimiento ciego e irresistible imposible de dominar que producía efectos terribles y violentos al convulsionar el alma de la que se apoderaba, convirtiéndola en vergonzosa servidora de las pasiones que, desde ese momento, anidaban en ella; de esta manera, el que ama deja de ser libre en su elección y ya no se es dueño de los propios sentidos, todo lo que le queda, en último lugar, por hacer, si no quiere ceder ante sus impulsos, es refugiarse en sí mismo -como hace la protagonista de la novela- mediante una vida de ascesis.

Todo lo expuesto nos indica que la autora no tiene una idea positiva del amor, sino que, en cierta medida, parece compartir la opinión aparecida en "Le Mercure Galant", el mismo año de la publicación de su novela:

"Il n'est rien de si commun que de se marier, et rien qui le soit si peu de d'être heureux dans le mariage; l'amour qui y doit être le premier des invités ne s'y trouve presque jamais".

Esta crítica contra el matrimonio, feroz y encarnizada, la comparten las heroínas de Mme de Lafayette que, como Mme de Clèves, no se casan con el hombre que aman, sino con el que más les conviene, y con ese condicionamiento tan poderoso querer permanecer en un esta-

do de perfección va a convertirse, para estas mujeres, en algo inalcanzable, más aún si la autora, una vez casadas sus protagonistas, les contrapone el amor "d'inclination" al de interés.

Aparentemente, y según esta tesis, podría decirse que *La Princesse de Clèves* es una novela sobre el adulterio, cosa en absoluto exacta ya que lo que la escritora parece querer demostrar es la imposibilidad de un amor obstaculizado por otros intereses, pues o la pasión surge demasiado tarde y sólo para turbar a los protagonistas, o aparece a contratiempo y con gran inoportunidad. En este punto encontramos otro rompimiento con la manera de entender el amor los autores de "romans précieux" a pesar de que, paradójicamente, las formas del amor sean "précieuses" si observamos que Nemours tiene la misma sumisión y Mme de Clèves la misma preocupación por su gloria que los héroes de *L'Astrée* o del *Grand Cyrus*, y "précieuse" sea también la oposición entre el matrimonio y el amor; claro está que cuando los autores "précieux" oponían matrimonio y amor, era para exaltar el verdadero amor y la unión de las almas, y en cambio esta oposición en Mme de Lafayette está destinada, por el contrario, a mostrarnos la indeleble fragilidad de los sentimientos humanos. Esta es la razón de que el amor aparezca en la novela no como un catalizador o fuente de alegría, sino como un "fatum" terrible que originará inmensas desgracias: la muerte de M de Clèves, la desolación y culpabilidad de su esposa, la soledad del duque de Nemours, etc. Esta culpabilidad experimentada por la protagonista conlleva una especie de humillación que aquélla debe compensar haciéndola sentir del mismo modo a la persona amada, lo que explica su rechazo a casarse con Nemours que, según ella, ha sido co-partícipe de la muerte de su marido.

En general, la concepción que Mme de Lafayette tiene del amor y del matrimonio, parece proceder de una visión mucho más amplia del hombre y de la sociedad que encierra un profundo pesimismo; según esto, la felicidad no es posible en la tierra y el amor no lleva consigo más que penalidades y sufrimientos; el mundo es una jungla en la que los ambiciosos se entregan en vano a una lucha sin tregua para hallar un estado de tranquilidad, en el que al menos se encuentre, si no la felicidad, sí el reposo, por medio de la retirada del mundo y de la soledad.

Esta visión pesimista del mundo ya la había expresado la escritora en sus primeras novelas y la completará con *La Princesse de Clèves*, su obra maestra. En este punto, la autora expresa uno de sus temas fundamentales: la presión que la sociedad ejerce sobre el individuo, es decir, el papel que representan los ambientes de la corte con respecto a Mme de Clèves de los que sólo puede escapar retirándose del mundo. Los cortesanos no son modelo de virtud y su moral es muy libre, no ayudando en absoluto a una mujer que quiera conservar su reputación y

resistir a un amor prohibido.

La presión de la sociedad la va a sentir la protagonista por medio del matrimonio cuando, al ser la institución por excelencia, debía ser al contrario; la princesa, como todas la heroínas de Mme de Lafayette, rompiendo también con la tradición de las novelas pastorales o del género "précieux" es una mujer mal casada, y la autora parece querer decirnos que la pasión y el amor son incompatibles en el matrimonio.

Del mismo modo, Mme de Lafayette introduce en esta novela otra importante innovación con respecto a sus predecesores y a sus dos novelas anteriores: con el personaje de M. de Clèves, la autora da vida al arquetipo de marido enamorado pero no correspondido; así, el planteamiento del fracaso del matrimonio es afrontado desde otra perspectiva, quizá más trágica por inusual: el rechazo del marido por la esposa, que, a su vez, tiene una amante y no al revés como tradicionalmente ha enfocado este problema la literatura.

En un principio podría parecernos inconcebible el que la autora insista en mostrarnos la personalidad y demás cualidades que adornan al príncipe, pero la explicación es muy lógica: el sacrificio final de Mme de Clèves tiene mucho más valor, pues, a pesar de estar imbuída por medio de su creadora de la idea del fracaso del matrimonio, en la charla final sostenida con Nemours le plantea a éste sus eventuales infidelidades si llegara a casarse con ella, y no deja de reconocer cómo el príncipe de Clèves fue ejemplar en su amor, incluso no siendo correspondido.

Con este planteamiento la princesa intenta demostrar a Nemours que el matrimonio por amor es un engaño; por una parte, es inútil esperar que la pasión se prolongue y es ineficaz asimismo pretender fundar sobre esta pasión una unión duradera. El postulado en que funda Mme. de Lafayette su razonamiento se encuentra confirmado por su conclusión, por eso no es asombroso que el amor surja fuera del matrimonio, ya que la institución matrimonial exige promesas que el amor no puede mantener. Hay, por lo tanto, que escoger entre tranquilidad (ya que no felicidad) e incertidumbre (o pasión).

Es un concepto negativo el que la autora tiene del amor y que expresa no sólo en sus personajes centrales sino en los episodios que, aparentemente, no guardan ninguna relación con el tema central, pero de modo subyacente reafirma la tesis de Mme de Lafayette demostrando los estragos que, de una u otra manera, produce el amor:

-Enrique II de Francia pierde toda su autoridad y dignidad en manos de su amante Diana de Poitiers, a la que convertirá en duquesa de Valentinois.

-Sancerre no puede consolarse de la muerte de su amada Mme de Tournon, aunque descubre que ella se burlaba de él.

-Enrique VIII de Inglaterra ordena ejecutar a Ana Bolena, a sus

parientes, confidentes y delatores, en una orgía demente causada por celos.

-El vidamo de Chartres, hombre presumido y casquivano, engaña a las tres mujeres que corteja, una de las cuales es la reina Catalina de Médicis.

En efecto, el amor según lo describe la autora, es egoísta y sólo engendra a su paso sufrimiento y muerte; es una especie de pasión irrisoria que sólo se mantiene o dura por los obstáculos que tiene que salvar, pero que degrada y desposee de dignidad al que lo siente; estos obstáculos se van a convertir en insuperables como explicará Mme de Clèves a su enamorado al final de la novela razonándole su imposibilidad de unión debido a su fidelidad o deber para con su difunto marido, sus escrúpulos de conciencia, su común responsabilidad en la muerte del príncipe (y esto es lo que nos lleva a afirmar la idea negativa que tiene Mme de Lafayette del amor) y sobre todo, la total certeza del desamor de su hipotético esposo:

“Mon devoir, répliqua-t-elle, me deffend de penser jamais à personne, et moins à vous qu'à qui que ce soit au monde, par des raisons qui vous sont inconnues (...) Il n'est que trop véritable que vous estes cause de la mort de M. de Clèves; les soupçons que luy a donnez vostre conduite inconsiderée luy ont coûté la vie, comme si vous la luy aviez ostée de vos propres mains (...) je sçay que c'est par vous qu'il est mort et que c'est à cause de moy (...) je ne sçaurois vous avouer, sans honte, que la certitude de n'estre plus aimée de vous, comme je le suis, me paroist un si horrible malheur (...) Mais les hommes conservent-ils de la passion dans ces engagements éternels? Dois-je espérer un miracle en ma faveur et puis-je me mettre en estat de voir certainement finir cette passion (...) je croy mesme que les obtacles ont fait vostre constance (...) Mais, quoyque je me défie de moy-mesme, je croy que je ne vaincray jamais mes scrupules” (8).

Como vemos, la escritora no tiene un concepto en absoluto elevado del amor y, a menudo, quiere sólo mostrarnos su carácter intempestivo para, a continuación, denunciar sus debilidades. En efecto, el amor para ella no es más que motivo de ruptura, y su aparición repentina levanta ante los ojos del que lo experimenta un nuevo decorado, aunque

(8) *Romanciers du XVII siècle*, pp. 1245-1248.

el personaje no lo asimile momentáneamente, al estar el relato compuesto como por etapas, es decir, siguiendo los progresos de la pasión, que la princesa descubre uno tras otro dentro de su corazón; de este modo Mme de Clèves recorre, etapa por etapa, un largo camino cruel en el que cada momento de reposo (en realidad no son de reposo sino momentáneos, más bien intermitentes, ya que al verdadero reposo no llega la protagonista sino en el momento final, en el renunciamiento) es una amarga sorpresa, pues la pasión se le va desvelando cada vez con más fuerza sin que pueda encontrar nada que se le oponga.

En cuanto al duque de Nemours, Mme de Lafayette lo introduce en esta rueda de la fortuna que representan los sentimientos amorosos, pero el prisma con el que observa los acontecimientos es muy distinto del de la protagonista; para él, el amor es una especie de torneo amoroso o de conquista, ya que, al aparecer en el relato, sabemos que goza de una reputación que ha sido adquirida a expensas de sus conquistas, a las que, generalmente, ha hecho perder su propia reputación; por esta razón, Mme de Chartres, en su lecho de muerte, aconseja a su hija que no caiga "como otras mujeres", y así, una vez más, Mme de Lafayette pone en boca de otro de sus personajes la tesis de que el amor no es síntoma de felicidad ni de alegría sino, muy por el contrario, de caída.

La escritora deja entrever claramente que la mujer sólo tiene un remedio: resistir. Y la demostración que arguye para convencernos de que la salvación de la mujer estriba únicamente en la resistencia, es de una maestría singular. Con los tintes más negros nos describe las consecuencias de una debilidad: Mme de Clèves, sólo por haber amado a Nemours, sin hacerle siquiera concebir esperanzas, ha causado la muerte de su marido; parece inevitable que nos preguntemos ¿qué resolución habría tomado M. de Clèves si las sospechas hubieran sido ciertas?

En lo que concierne a M. de Clèves, que parece ignorar todas estas etapas y progresiones, pues él ama desde el principio con la misma fuerza que al final y se ve envuelto en los celos (que ya habían hecho su aparición en Mme de Clèves al leer una carta de amor atribuida al duque de Nemours); estos celos le impiden comprender toda la grandeza de alma que encierra la confesión de su mujer, y, obsesionado por unas injustificadas sospechas, morirá de pena recordando con nostalgia el estado de tranquila ceguera en el que había vivido durante largo tiempo.

Esta confesión, por parte de Mme de Clèves a su esposo, representa la única equivocación por su parte, al mostrarse sincera y leal con un hombre apasionado que va a ser incapaz de comprenderla. Ya desde enero de 1678, año de la publicación de la novela, la escena de la confesión fue vivamente discutida y "Le Mercure Galant" abrió una encuesta en la que se preguntaba a los lectores si consideraban o no procedente la

escena, juzgando la mayoría de ellos que era de todo punto impropio y hasta extravagante.

Mme de Lafayette posiblemente había tenido conocimiento de la confesión que Mme de Montespan había hecho a su marido, en el momento en que Luis XIV empezó a hacerle la corte. Antoine Adam (9) aventura la hipótesis de que quizá la autora hubiese leído *Les Desordres de l'amour* de Mme de Villedieu, obra aparecida en 1675, y donde tenía lugar una escena similar en la que la heroína hacía a su marido la confidencia de su pasión por otro hombre.

Evidentemente, y en contra de la opinión del público de su tiempo, Mme de Lafayette tenía poderosas razones para impulsar a la confesión a su heroína:

-Su madre ya no está con ella para guiarle y aconsejarle.

-Resistir a su amor por Nemours se le hace cada día más difícil llegando incluso a suplicar a su marido que se retire de la vida social de la corte, pero éste, en su ceguera, no sospecha nada y le exige que continúe el ritmo normal de su vida.

-En un momento dado, la princesa recuerda haber oído pronunciar a su marido las siguientes palabras a Sancerre:

“Je vous donne (...) le conseil que je prendrois pour moy mesme; car la sincérité me touche de telle sorte que je croy que si ma maitresse, et mesme ma femme m'avouoit que quelqu'un lui plûst, j'en serois affligé sans estre aigri. Je quitterois le personnage d'amant ou de mari, pour la conseiller et pour la plaindre. Ces paroles firent rougir Mme de Clèves, et elle y trouva un certain rapport avec l'estat où elle estoit” (10).

-Como último recurso, e incitada por el mencionado párrafo, la princesa pone en manos de su marido un problema que ella se siente incapaz de afrontar, para que él le ayude proporcionándole la solución, solución que por otra parte ella intuye:

“Espargnez-moi, je vous en conjure, de si cruelles conversations réglez ma conduite; faites que je ne voye personne. C'est tout ce que je vous demande” (11).

(9) Idem, p. 56

(10) Idem p. 1147

(11) Idem p. 1120

Fracasada esta última tentativa, no hay nada que se oponga al desgraciado final, ya que, las consecuencias de la confesión van a reconducir la acción a un desenlace inesperado: los celos no van a desempeñar el papel normal de enfermedad que amenaza al amor, sino que serán la manifestación más esencial de ese amor y harán morir de tristeza a M. de Clèves. Mme de Clèves, en cambio, para escapar de la humillación de los celos que le acecharía si llegara a casarse con Nemours, se encierra en un retiro que la aparte de todo sufrimiento y no la exponga a los peligros del amor, cuyas consecuencias son funestas; con este gesto la princesa realiza un acto egoísta pero digno, que la lleva al dominio de sí misma y a mantener la moralidad e integridad de carácter.

En este contexto, es permitido afirmar que *La Princesse de Clèves* puede ser considerada un perfecto reflejo del mito del amor elevado a sus últimas consecuencias.